

quesa; todo lo que exijais será ejecutado puntualmente

Un rúido extraño acababa de generalizarse en el baile.

Uno de los carruajes estacionados delante de la embajada, habia abandonado su puesto en la hilera de coches, al terminarse el aguacero que habia caido entre dos y tres de la mañana.

El cochero del carruaje que seguia, dormia en su asiento debajo de un paraguas, y no lo habia unido al inmediato.

Despues que se hubo serenado el tiempo, los cocheros salieron de la taberna, y al volver á sus puestos, habian hallado el lugar vacío, y en él un gran charcho de sangre!

La idea de un crimen en ese lugar, era absolutamente inverosímil.

Notad que en Paris no se cometen crímenes semejantes.

Una emocion profunda causaron estos pormenores en los salones de la duquesa. Esas vagas inquietudes que preocupan á la multitud al principio de la fiesta, volvieron á sentirse con mas violencia.

Era este el drama tan esperado, que por fin habia tenido su representacion, allá, bajo las ventanas del hotel?

La señora marquesa de Boistrudan creia poderlo afirmar.

Desde su vuelta al salon, habia estado en atalaya; y á pesar de esto, aun no habia visto á nadie que realizase la idea que se habia formado del frances y del conde Alberto de Rosen.

Estos dos enemigos encarnizados, habian debido esterminarse en algun encuentro, lo que para la marquesa no tenia la menor duda.

Mas, por qué bajo las ventanas del hotel? Pardiez! porque en esta historia llena de peripecias escéntricas, ridículas, imposible el desenlace para que coronara lógicamente la aventura; tenia que ser absurdo!

En el segundo salon, otra version circulaba: el general O'Brien habia desaparecido, así como tambien el personaje introducido con Jorge Leslie, por el vizconde.....

Una persona que habia salido para hacer indagaciones, habia vuelto, y dijo:

“Que nadie conoció ni la librea, ni el car-

ruaje fugitivo: que dos dominós desconocidos, habian permanecido constante mente en su interior, y que nadie por último lo habia visto partir."

No faltaban algunas gentes que creyesen que acaso se habria sangrado en aquel lugar algun caballo enfermo, y que despues de la operacion, se le habia vuelto á su caballeriza.

Por todas partes tropezaréis con estos escépticos, que pasan su vida pretendiendo siempre atribuir á incidentes vulgares, las mas curiosas y estrañas peripecias.

La señora marquesa detestaba á esos espíritus prosaicos; ella, cuya vocacion la llevaba á lo contrario, esto es, á revestirlo todo con colores mas agradablemente romancescos.

Pasado el primer vals, Elena no habia vuelto á bailar. Por dos veces rehusó hacerle con su futuro esposo el vizconde Enrique. La marquesa estaba por ello disgustada.

La marquesa pertenecia á esa categoría de buenas señoras, que no gustan del mundo sino para sus hijos; que no pondrian los

piés en un baile, si no se tratase de sus hijas; pero que se incomodan cuando sus hijas, enfermas ó cansadas, desean retirarse.

Se levantaba el pelo con la mano á guisa de turbante. Es cuanto podemos decir.

Por fortuna Elena estaba enmascarada; sin esto, hubiera causado lástima á todo el mundo. Parecia no tener una sola gota de sangre en las venas. Tenia frio en esta atmósfera ardiente de los salones. Permanecia inmóvil y muda. Cuando su madre le hablaba, no daba muestras de comprenderla.

De cuando en cuando, un estremecimiento pasajero agitaba todo su cuerpo; otras veces apoyaba su helada mano contra su pecho, como si tratase de detener el último soplo de vida que se le escapaba.

Unicamente su mirada estaba viva.

Su mirada recorria incesantemente la multitud con ansiedad.

Era en vano; á quien ella buscaba, no estaba allí.

El vizconde de Villiers, se habia retirado á un salon de juego, él tambien aguardaba con impaciencia. Para calmar su agitacion, se habia sentado delante de una mesa, cuan-

do sintió una mano que le tocaba el hombro.

Se volvió al momento. Era Jorge Leslie que se hallaba á su espalda.

—Por fin! exclamó el vizconde.

—Terminad vuestra partida, señor, teneis tiempo.

Y como le interrogase ávidamente con la mirada, se inclinó á su oído y le dijo:

—Rosen ha llegado.

—Y me lo mostraréis?

—Quiero, por lo ménos, en virtud de nuestro convenio, ponerlos en aptitud de reconocerle..... es necesario que no nos vea reunidos.

—Es justo, exclamó el vizconde.

Y volviéndose en seguida á su compañero de juego, y poniendo las cartas sobre la mesa:

—Permitidme, baron, un segundo.....

—Como gustéis, se le contestó.

Enrique se puso en pié y siguió á Jorge á distancia de algunos pasos.

Este le dijo:

—El conde Alberto está ahora con la señora duquesa de Rivas en el gabinete que

dá al terrado de flores. Despachaos pronto y venid al momento. La persona que veais conversar con la duquesa, es Rosen.

—Gracias, replicó el vizconde, cuando haya visto á Rosen, los cincuenta mil escudos serán vuestros.

Jorge se retiró diciendo:

—Os los reclamaré mañana.

Enrique volvió á sentarse en la mesa de juego.

Su mano temblaba ligeramente al volver á tomar las cartas.

Cometió muchas torpezas, perdió, pagó, y abandonó la partida.

—Estáis muy de prisa!..... le dijo el baron.

—Desgraciado en el juego.... contestó Enrique.

El baron recogió el dinero sonriéndose.

—Afortunado en amores! concluyó, eso se dice, pero lo uno no quita lo otro.

Enrique atravesó por entre la multitud para dirigirse al gabinete que daba al terrado.

En el momento que entró, recorrió con la vista al derredor de sí.

La duquesa no estaba allí.

El duque de Rivas conversaba con algunos elevados personajes junto de la chimenea.

Enrique creyó de pronto que se le había engañado; pero en ese mismo momento, la puerta de los aposentos interiores se abrió, y la duquesa se presentó acompañada de un personaje enmascarado, cuya talla se ocultaba bajo de un dominó.

Enrique lo devoraba con la vista.

El dominó parecía andar con mucho trabajo.

La duquesa y él se sentaron en un sofá, en medio de dos ventanas.

En el momento de sentarse se abrió un poco el dominó del desconocido y dejó ver un vestido húngaro.

—El es! le dijo el vizconde.

—Descansad, conde, pronunció en voz alta la duquesa; quitaos la máscara que os impide respirar.

La máscara cayó, Enrique se vió obligado á sentarse. Su corazón latía con violencia:

La máscara al caer, había puesto á descubierto un rostro pálido, ó mas bien, una barba, porque la frente, los ojos y la nariz

desaparecían bajo una ancha venda de seda negra.

La venda tenía dos vidrios de colores que servían de anteojos.

Enrique no esperaba verlo en ese estado.

Era este el terrible adversario, ese héroe de novela, ese orgulloso Magyar, que había llenado con su nombre, allá en América, la llanura y la montaña, el mayor de los *Golden-Daggers*, el hombre por quien las hermosas mexicanas sacrificaban sus lujosas cabelleras!

Un enfermo, de andar tembloroso, no, un fantasma, porque esta palabra indica poesía, y toda idea de poesía desaparecía delante de la venda negra y de los vidrios de colores!

Enrique casi tuvo vergüenza de haber pensado darle muerte.

Podía haber valor en atacar ese resto humano!.....

Cuando reflexionaba de esta manera, la mano de Rosen se movió, y oyó entonces una voz sorda que decía:

—Os veo!

Se levantó, y la duquesa hizo otro tanto.

Rosen besó la mano de la duquesa, que le dijo en voz alta:

—Hasta la vista, conde, os dejo en vuestros negocios.

Y en voz baja:

—Adios, Alberto!.... ya no os volveré á ver!....

Al alejarse saludó al vizconde, señalándole al mismo tiempo su lugar vacío.

Enrique se sentó.

—Señor, dijo, abandoné la América porque estábais ciego.... yo no acostumbro batirme con los que no pueden defenderse.

Rosen movió la cabeza.

—En otro tiempo, respondió, érais un valiente, ya lo sé.

—Nada de injurias!..... replicó Enrique.

—Podrías decirme, interrumpió Rosen, á quién pertenece esa sangre que se ha encontrado debajo del landó?

—Qué landó? y qué me importa eso!

—Señor, pronunció lentamente el conde Alberto; ya os lo he dicho, en otro tiempo érais valiente.

—Espero probaros, señor, que aun lo soy.

Rosen se sonrió, mientras exhalaba un penoso suspiro.

—Contra ciertas gentes dijo, el valor es fácil cosa.... pero os prevengo que valgo mas de lo que mi apariencia revela..... Comienzan á observarnos, señor, tened la bondad de darme vuestro brazo, bajaremos al jardin.

Enrique no respondió.

En el camino, el conde Alberto prosiguió:

—Es muy caro cincuenta mil escudos.... mirad qué yo me hubiera mostrado á vos *gratis*.

—Soy rico, replicó Enrique, cuya voz tomaba un acento provocador, y hago mis negocios como mejor me place.

Llegaron al jardin y se internaron en una calle de tilos que conducia á la avenida Gabrielle.

—Señor de Villiers, dijo Rosen, hénos aquí solos. No alimento odio en el corazón. El oro que me habeis robado, no lo siento.... Dad un nombre á miss Ellen Talbot, y todo os será perdonado

—Amo á mi prima Elena de Boistrudan, respondió Enrique; no hablemos de eso, si gustais, señor conde, y arreglemos las diferencias que entre nosotros existen..... tenemos un convenio?

—Lo habeis roto con vuestra fuga; pero sin embargo, lo considero existente.

—El duelo se verificará sin testigos?

—Sin duda.

—Con armas americanas?

—Fijad las que os acomoden.

M. de Villiers reflexionó un instante,

—La carabina, dijo, y el puñal en caso de venir á las manos.

—Todo lo tengo en mis carruajes, dijo Rosen.

En el momento en que ellos daban vuelta en la estremidad de la calle, para volver sobre sus pasos, M. de Villiers notó dos berlinas que se hallaban estacionadas en la calzada de la avenida Gabrielle, exactamente en frente de la reja.

—Vuestras armas? repitió.

—Nos batirémos en campo raso, prosiguió Rosen, en el sitio que vos elijais....

yo no conozco los alrededores de Paris... Haced vuestra eleccion.

—Os agradaria ir muy léjos? preguntó Enrique.

—Tengo en este lugar una cita por la mañana.... Haced de manera que sea lo mas cerca posible.

—A tres leguas de aquí; dijo M. de Villiers, entre el pueblo de la Courneuve y el camino de Flándes, hay una llanura descubierta, compuesta de grandes siembras, sin casas. Al rayar el dia, en esta estacion es un desierto.

—Sea la llanura de Corneuve! son las cinco y media..... llegamos al amanecer.

Se detuvieron ambos; se hallaban por la segunda vez en frente de la reja.

Rosen sacó una llave de su bolsa y la abrió.

‘Partamos, dijo.

Enrique separó su brazo y dió algunos pasos atras.

‘Partamos, repitió, Rosen.

Y como el vizconde permaneciese inmobil, prosiguió:

‘Vos habeis preparado tambien dos car-

rnages, señor, tengo el defecto de ser muy poco cuidadoso; pero otros han velado por mi..... en aquel terreno serémos iguales aquí no: por que vos debeis tener fé en mi honor y yo os creo capaz de un crimen.....

—Señor!..... quiso hablar el vizconde.

—O'Brien no está muerto, os lo afirmo, replicó Rosen, con calma; Towah y M. Jorge Leslie se hallan tan buenos como vos..

A la hora en que hablamos podria si quisiese, transformar en testigos, que os acusarian de asesinato, á todos los hué-pedes reunidos en los salones de la señora duquesa de Rivas..... se encuentra sangre derramada bajo los balcones..... no es un robo cometido en las nevadas montañas, el que pesa sobre vos, crimen fantástico, es cierto, y que solo por vuestra confesion se podria probar..... No se trata de una pobre jóven engañada en un país extranjero..... en la ley no os pediria en la de las sustracciones de cartas y otras pequeñas infamias..... yo mismo borro todos vuestros delitos anteriores á esta noche..... Pero esta noche habeis comprado una banda de asesinos, esta noche habeis ofrecido

ciento cincuenta mil francos á quien os mostrase mi rostro, para en seguida entregarme al puñal de vuestros bandidos..... Vos me perteneceis M. de Villiers!..... Entre cien hombres, escuchadme bien, entre mil hombres, no encontraréis uno tan loco como yo, que os pusiese las armas en la mano, y que os dijese, como yo lo hago, par-tamos!

Enrique pasó primero la reja.

—Todo lo que acabais de decir es falso, murmuró, para afectar serenidad, escepto dos cosas: que sois un loco, y que no desconfio de vuestro honor..... Hay armas dentro?.....

Mostró al mismo tiempo una de las berlinas.

—Hay armas enteramente iguales en cada una de ellas, y ademas, una capa..... elegid.

M. de Villiers montó sin detenerse en la que estaba mas próxima.

—Camino de Lille, dijo al cochero, en el arroyo de Montfort.

—Y yo? preguntó Rosen.

—Vos, al arroyo de Montfort, camino de la Courneuve.

—Hasta la vista!

—Hasta la vista!

Las dos berlinas partieron juntas al galope.

Una sombra se deslizó entre los árboles de los campos Elíseos, y los siguió á la carrera.

XXIV

LOS MOCASINES DE TOWAII

M. Benito, propietario transformado en cochero, azotaba á sus caballos con furia, habia torcido en la esquina de Montmartre, para tomar la calle de San Dionisio.

El landó se sacudia terriblemente; pero los cuatro bravos garzones que estaban dentro, continuaban durmiendo.

—Tengo ganas de volcarlos, por vida mia, se decia M. Benito; á ver si esto los hace despertar!

La subida estaba resbaladiza; la agua que producía el desyelo, formaba por todas

ALFONSINA
UNIVERSITARIA
M. B. N. L.